



VOCACIÓN A LA SANTIDAD DE LOS APÓSTOLES

Este retiro que nos ha regalado el Señor tiene lugar el día de San Pedro y San Pablo. Yo creo que el marco nos lo ha puesto el Señor, y quisiera también hablar un poco de los apóstoles, especialmente de Pedro y Pablo, pero de todos los apóstoles y, sobre todo, de cómo fue la relación de Jesús con los apóstoles.

Esos tres años de vida pública de Jesús fueron una escuela apostólica. Y es maravilloso ver el Evangelio desde esa clave, de cómo Jesús educó a los apóstoles. Y nosotros estamos incluidos en esa familia educada por Jesús. Tenemos esperanza. Si educó a los apóstoles, digo yo que nosotros también estaremos dentro de los que podemos ser educados por el Señor.

Hoy, que es día de San Pedro y San Pablo, yo siempre suelo decir que es bueno recordar que los apóstoles... ¿cuántos son? Y enseguida viene la respuesta: "Doce". No, doce más uno, porque San Pablo es el decimotercero. San Pablo es el decimotercero, no olvidemos esto. Los apóstoles son doce. Judas fue sustituido por Matías, de acuerdo, pero ¿y San Pablo? Yo digo que los apóstoles son doce más uno. Y ese más uno, que es San Pablo, nos representa a todos nosotros, que estamos llamados también a participar de la apostolicidad de la Iglesia. Y dice San Pablo: "Al final entré yo como un abortivo. Ahí me introduje yo en el colegio apostólico". Así estamos los demás, introducidos en ese colegio apostólico por pura misericordia, como San Pablo. Doce más uno, y el uno eres tú, yo. Eso forma parte de nuestra espiritualidad. Yo, cuando confirmo a los chavales, el sacramento de la confirmación también, de alguna manera, les une a la apostolicidad de la Iglesia. Doce más uno, estamos llamados a ser Pablo.

Es maravilloso que el Evangelio muestre cómo tiene lugar esa educación, porque los apóstoles fueron muy generosos. Lo dejaron todo por seguir a Jesús. Es impresionante. Estaban echando las redes, pasó por allí Jesús y les dijo: "Ven y sígueme". Dejaron al momento las redes y le siguieron. Madre mía, ¡vaya respuesta! O cuando estaba Mateo en la mesa de los impuestos, pasa Jesús, le mira a los ojos y la mirada de Jesús le arranca de la mesa de los impuestos. Parecería que con una respuesta así, la santidad ya está conseguida, la santidad ya está realizada. Y lo cierto es que no es así.

Sí, es verdad que el encuentro con Jesús fue un primer encuentro de conversión muy importante. La primera conversión es determinante, ese cruzarse la mirada con los ojos de Jesús y ver que Jesús es tan maravilloso que nos lleva a estimar basura todo el resto de nuestra vida. Somos capaces de dejarlo todo por seguirle. Bien, pero uno podría pensar que en ese momento ya estaba la conversión realizada, y no. Era una primera conversión, pero la segunda conversión es clave en la vida.

Fijaos, estamos concluyendo los 500 años de la conversión de San Ignacio. El año ignaciano va a concluir el 31 de julio, 500 años de su conversión. Yo creo que es muy importante decir cómo San Ignacio tuvo una primera conversión y él se pensaría que con esa ya estaba toda hecha, porque cuando él, en la torre del castillo de Loyola, pasa la convalecencia después de haber caído herido en la defensa del castillo de Pamplona, él en ese momento hizo entrega de su vida a Cristo. Si vais allí, veréis que hay un letrero que dice: “Aquí entregó su vida a Dios, Íñigo de Loyola”. Y cuando uno decide entregar eso, dejarlo todo, irse a Manresa, cambiar sus ropas de caballero por las de un pobre, etcétera, uno ¿qué es lo que piensa?: “Meta conseguida y conversión coronada, santidad lograda”. Pues no es verdad. Sin la segunda conversión, la primera no está todavía consolidada.

Llegó el momento en que Ignacio quería ser santo, darlo todo por Cristo, pero a su manera. Él pensó: “Iré a Tierra Santa y allí viviré como Jesús vivió”. Se había hecho una idea de santidad un poco, no sé si llamarlo “hippie”. No paró hasta que llegó. Se metió en una peregrinación -que entonces era costosísimo poder ir a Tierra Santa- consiguió llegar y allí intentó separarse del grupo y quedarse por ahí como un ermitaño, viviendo en Tierra Santa. Y los franciscanos, que eran custodios de Tierra Santa, le vieron y vieron que tenía un peligro tremendo, un neoconverso: “¡Y cuidado!, tú de nuevo aquí al grupo y a embarcar, y paz y gracia”. Él se quería escapar y le tuvieron que enseñar una bula que tenían los franciscanos dada por el Papa por la que tenían autoridad para excomulgar a alguien se le resistía, diciendo: “O te metes de vuelta al barco o te excomulgamos. No te puedes quedar aquí solo de esta manera”. Y San Ignacio tuvo que regresar. Pero él dijo: “Ya volveré. Yo tengo pensado ser santo aquí o allá”. Y se junta con los primeros compañeros de la Compañía, y su sueño es ir con ellos a Tierra Santa. Entonces hacen un voto, que es que van a juntar dinero suficiente para comprar desde Venecia los billetes de barco para poder ir a Tierra Santa. Y ya todos juntos, entonces podrían. Y se les ocurrió poner en ese voto de estar un año predicando y mendigando, que, en caso de que en un año no saliese ningún barco de Venecia para Jerusalén, irían ante el Papa y se presentarían.

Ignacio Tellechea, en el libro *Solo y a pie*, que es una preciosidad, de la vida de San Ignacio, cuenta que ha estudiado los anales de los libros del puerto de Venecia y aquel año fue el único año en todo el siglo que no salió ningún barco para Jerusalén. Ellos, viendo que su plan se frustraba, se acordaron de la cautela que habían introducido en el voto: que se presentarían ante el Papa. Cogieron el dinero, lo repartieron entre los pobres después de haberlo mendigado, y se presentaron ante el Papa y el Papa les dijo: “¿Pero vosotros a qué vais a Jerusalén? ¿cómo se os ha ocurrido? Eso no, ahí están los hijos de Francisco. La Iglesia os necesita de otra manera y en otros lugares”. Y entonces, dice Ignacio Tellechea: “Soñó en Jerusalén, pero despertó en Roma”. Es una imagen concreta de la segunda conversión. Sin la segunda conversión, la primera no es verdadera. Como San Pedro: “Daré mi vida por ti, aunque todos te nieguen”. A ver, Pedro, un poquito menos. La segunda conversión es clave porque, en el fondo, nosotros queremos ser de Dios, pero a mi manera, a mi modo y según mis planes. Cuando llega el momento culminante, el Señor le dice a Pedro: “Cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras. Ven y sígueme”. Y ese versículo es un versículo clave en la vida, en nuestra vida porque uno puede hacer muchas cosas.

La primera conversión es muy bonita, es preciosa y necesaria, y tenemos que pedírsela al Señor. Pero la primera conversión todavía no ha purificado al hombre, nuestro amor propio. Y los apóstoles, cuando el Señor les llamó y fueron tan generosos y dejaron todas las redes y les siguieron, fue una primera conversión maravillosa, generosísima, como la de San Ignacio, pero el hombre viejo todavía estaba dentro, y tenía que ser purificado. Eso forma parte de la verdadera espiritualidad. La segunda conversión purifica la primera. Y en San Ignacio, el resto de su vida es la segunda conversión. Ir descubriendo que las cosas no son como él había imaginado, Dios tenía otros planes y otros caminos, y me tengo que ir purificando de mi forma de ver las cosas y dejar a Dios que lleve las riendas de mi vida, y no pretender ser el que le diga a Dios cómo tiene que hacer las cosas, sino dejarle, dejar a Dios la iniciativa de nuestra vida. Esa es la segunda conversión, para lo cual tiene que haber toda una purificación interior.

Los evangelios tienen una clave de la escuela apostólica, como el Señor les lleva de la primera conversión a la segunda. La primera conversión, a veces, suele tener una fecha y un día muy concreto. Ignacio de Loyola, está claro que fueron los nueve meses en los que estuvo convaleciente en la torre de San Ignacio; nueve meses que casi suenan a un embarazo, un embarazo de nueve meses que de allí le dieron a la luz. Pero la segunda conversión dura mucho más tiempo, aunque suele tener hitos, claves determinantes, la segunda conversión es el resto de tu vida, en la que está siempre un cristiano. Un apóstol es aquel que está siempre en clave de conversión, que sabe que su conversión no ha concluido. Un cristiano es el que está en clave continua de conversión. Ay de aquel que diga: “yo ya me convertí”. Buenoooo! no has entendido nada. Un cristiano es el que está en clave continua de conversión. Y esto lo muestran los evangelios y es muy hermoso ver cómo lo muestran.

Permitidme un pequeño paréntesis para entender la historicidad de los evangelios. Cuando se estudian los evangelios desde el punto de vista histórico-crítico, si son libros que narran la verdad o si han sido escritos en plan fantasioso, un elemento clave es este: si los evangelios hubiesen sido inventados por los apóstoles, escritos por ellos inventándose ellos la historia, ¿tú crees que los primeros apóstoles, el primer Papa, hubiesen puesto en el Evangelio cómo Jesús le pegó un tirón de orejas a Pedro y le dijo: “Apártate de mí Satanás, que tú piensas como los hombres y no como Dios”? Menudo tirón de orejas le dio Jesús a Pedro, y eso el Evangelio lo cuenta, no lo censura. O, por ejemplo, cuando dice cómo Pedro le negó tres veces a Jesús. ¡El primer Papa le negó tres veces a Jesús! No lo han censurado, lo han puesto ¿Qué explicación tiene? Pues que es verdad, que es un argumento de historicidad. A eso se le llama el argumento de discontinuidad a la hora de estudiar los argumentos sobre historicidad, desde el punto de vista histórico-crítico. O sea, es imposible que alguien que está inventando una historia la invente de manera que él quede mal, porque si Pedro se inventa los evangelios, se los inventa quedando él perfecto. Pero los evangelios están escritos sin ocultar todas las deficiencias y los pecados de los apóstoles, y están escritos por ellos. Lo cual quiere decir que solamente se explican porque son verdad.

Es muy hermoso ver cómo Jesús eligió a doce apóstoles, los llevó a vivir con Él, a estar con Él, porque esta es la clave, cómo los educó, estando con Él. La clave para ser educado es estar con Cristo, sino uno no puede ser educado. Ellos son para nosotros un ejemplo, son una esperanza, porque uno ve en ellos mucha generosidad, pero también vemos mucha fragilidad. Ellos se llevaron al hombre pecador al noviciado.

Yo recuerdo que cuando era un chavalito, veía un convento de carmelitas descalzas y pensaba que un monasterio de monjas contemplativas eso tenía que ser el cielo, o sea, algunas monjas de clausura no pueden tener ni un pecado semi venial porque viviendo en esa entrega tan generosa, pero no es así, porque como pasa en el Evangelio con los apóstoles, la lucha de conversión dura toda la vida, y esa lucha también acontece detrás de las rejas de un convento de clausura y detrás de una familia, en la vida de un obispo. En cada uno de nosotros, está aconteciendo esa escuela apostólica, esa historia de conversión por concluir.

Y la Iglesia no lo oculta. De los doce apóstoles, uno fue traidor, que es una proporción potente; otro, encima el primado, le negó tres veces; otros se tiraban de los pelos a ver quién era el primero; otro era un incrédulo. Si vamos viendo el listado, la gente del listado es bastante frágil. Y entonces uno le dice al Señor: “¿Y tú no podrías haber elegido un poco mejor? ¿No puedes haber tenido mejor ojo? Y el Señor te dice: “Yo no llamo a los capacitados, sino que capacito a los que llamo”. Dios no ha llamado a los mejores. Él no llama a los capacitados, sino que capacita a los que llama, y al mismo tiempo continúa esa historia de conversión entre los apóstoles.

Un obispo, por la encomienda que se le ha dado, debería ser santo, pues claro que debería de ser santo, pero os aseguro que está en proyecto. Tú, que eres un profesor y que se te han encomendado unos alumnos para educarles, deberías ser santo, claro que debía de ser santo, si no a ver cómo vas a educar, pero estás en proyecto. Y tú, que eres padre y madre de familia, que Dios te ha dado el don de ser padre, tú deberías ser santo, la santidad de tus hijos va a depender de ti, porque si un cura no es santo, uno podrá cambiar de cura, pero de padre y madre no se puede cambiar, la cosa es más dura. Pero ¿estás en un proyecto de santidad o no? Un hijo tiene derecho a ver a sus padres entregados a la causa de su conversión, ver a sus padres en proyecto de conversión. Unos fieles tienen derecho a ver que su cura está en proyecto de conversión. Unos sacerdotes tienen derecho a ver que su obispo está en proyecto de conversión, que se lo toma como objetivo en su vida. No estamos para vernos perfectos unos a otros, sino para vernos en proyecto de conversión.

La Iglesia nunca ha creído en el puritanismo, nunca ha creído en eso. Incluso, hubo una crisis en la historia de la Iglesia, muy interesante de conocer y de mucha actualidad, que aconteció en los primeros siglos, cuando el cristianismo estaba siendo perseguido, en lo que se llama la crisis de los *lapsis*. *Lapsi* significa en latín “los caídos”. Cuando arreciaba la persecución hacia los cristianos, en determinados lugares del imperio algunos apostataban para salvar el pellejo. Había también cristianos que preferían ser echados a los leones, perdían su vida antes de apostatar de la fe, pero algunos por miedo apostataban. Y entre esos que apostataban había también algunos sacerdotes, algunos sacerdotes que veían que iban a morir y apostataban de su fe.

Y cuando terminó ese tiempo de persecución y volvió un poco la paz a la Iglesia, volvieron de nuevo los que habían huido y los que habían apostatado pedían de nuevo la entrada a la vida de la Iglesia, pedían perdón y volver a ser aceptados. La penitencia no era como ahora (tres avemarías). Antes la penitencia era otra cosa. La penitencia que se ponía era potente, era de varios años de penitencia en la que uno se quedaba en la puerta sin entrar, haciendo oración, ayuno. Hoy hemos convertido la penitencia en algo simbólico casi. Y se creó una crisis. La crisis fue: “Reincorporamos a los que apostataron porque Dios es misericordioso pero los curas no van a volver los que

apostataron, tendrán que ser fieles, no van a volver a presidir la eucaristía. No van a volver a ser ellos los que perdonen los pecados". Se creó un lío tremendo dentro de la Iglesia. Algunos decían: "No puede ser. Nosotros necesitamos sacerdotes puros que no hayan caído nunca" y el Papa dijo: "¿Pedro no cayó? ¿No fue un apóstata? Y Jesús le dijo "confirma a tus hermanos" y confirmó que Pedro era el primado después de haberle negado tres veces". La Iglesia dijo: "Estos sacerdotes se han reconciliado con Cristo, hacen su penitencia y cuando yo reciba un sacramento de ellos, no lo recibo porque ellos sean perfectos o puros o santos, sino porque son ministros de Cristo, y no es su santidad la que a mí me alimenta, sino que es su ministerio, es un ministerio. Yo puedo recibir el don de Cristo a través de alguien que es frágil como yo".

Esa fue la crisis de los *lapsis* que hizo que algunos se separasen de la Iglesia católica. Un sector que era rigorista, tertuliano, y algunos padres de la Iglesia que fueron rigoristas, montanistas, decían: "La Iglesia tiene que ser de los puros, en ella no podemos admitir a nadie que haya metido la pata". Pues esa no es la Iglesia de Cristo. La Iglesia de Cristo es la Iglesia de los apóstoles, que el que no era tuerto era cojo, y el que no era manco. Pero es que entre todos hacemos uno. Yo a veces, en broma digo: "Mira, entre un tuerto, un cojo y un manco, entre todos hacemos uno y cada uno pone, y así Dios construye". Lo cual no quiere decir, porque esto podría ser malinterpretado, que no aspiremos en la santidad plena y no tengamos la llamada plena a la conversión, quiere decir que todos tenemos que estar en proyecto de conversión, como esos apóstoles estuvieron en proyecto de conversión. Además, después de los tres años, ¿pensáis vosotros que Jesús ya completó la segunda conversión en esos tres años? Yo creo que no, porque justo cuando estaba a punto de ascender a los cielos, uno le pregunta: "¿Es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?". Y Él dijo: "No has entendido nada, estoy a punto de ascender a los cielos y ahora tú sales con esa pata de banco".

Lo que vemos en los evangelios es la paciencia de Jesucristo en educarnos. Paciencia y perseverancia, porque a veces entendemos mal la paciencia. La paciencia a veces la entendemos como un "déjalo ya, que ya es imposible". Eso no es paciencia, eso es desesperanza. Jesús era paciente educando, pero era perseverante. Su misericordia no tenía ni un ápice de dejación. Es hermoso ver que Jesús no eligió a los capaces, sino que capacitó a los elegidos y se tomó en serio esa gran apuesta por la santificación de esa segunda conversión en la que todos nosotros estamos inmersos. Alguno dirá: "A mí todavía me falta la primera". Bueno, pues estás a tiempo, pero entre la primera y la segunda, al final es difícil distinguir porque todo está unido.

Entonces, dentro de esa escuela de purificación, fijémonos en cuáles son los obstáculos que a veces nos hacen sufrir mucho y nos parece a nosotros que son los impedimentos principales para que yo pueda tener mi segunda conversión, y los que son verdaderamente más claves. Por ejemplo, a veces nos parece a nosotros que el obstáculo principal que tenemos para esa segunda conversión suele ser nuestro carácter, que tengo un carácter que me pierde, un carácter que lo echo a perder todo en un ratito, o me pega el bajón y me quedo aislado. A veces pensamos que mi mayor dificultad para esa segunda conversión es mi carácter. A ver, los apóstoles tenían caracteres muy distintos. Unos eran super impetuosos (los hijos del trueno, los hijos de Zebedeo: "¿Quieres que mandemos que caiga un rayo del cielo que acabe con ellos?") y un poquito menos, Felipe que yo creo que tenía pinta de ser un pesimista que dice: "Bueno, vayamos y muramos con el juego". ¡Vaya expresión! O sea, vemos ciertas

expresiones en los apóstoles que delatan los distintos caracteres. Pero eso no es el mayor problema. Dios nos va santificando a cada uno desde los condicionamientos de nuestro carácter: al que tiende a ser un poco pesimista, habrá que decirle “un poquito más”; al que es un presuntuoso, habrá que decirle “un poquito menos”.

La obra de Pemán *Divino Impaciente*, de la vida de Francisco Javier, hay un momento muy bonito en el que Francisco Javier tenía la ilusión de ir a misiones, pero no se lo quería decir a San Ignacio porque si se lo decía, eso había nacido de él y él quería que fuese voluntad de Dios y no iniciativa suya y llega un momento, en que las carambolas de la vida, Ignacio le pide a Javier: “¿Iráis tú a misiones?”. Y el otro, que estaba esperando escuchar eso, dijo: “Iré allí y daré mi vida por Cristo y derramaré hasta la última gota de mi sangre”. Y le dice: “un poquito menos, un poquito menos”. Y el otro, que se dio cuenta de que había sido presuntuoso, dijo: “Es verdad, porque soy un pecador, porque no valgo para nada” y le dice San Ignacio “Un poquito más, un poquito más”. Entonces, el carácter no va a ser un impedimento en nuestro camino hacia la santidad, será algo con lo que tendremos que torear para decir un poquito menos o un poquito más. ¿Has metido la pata? pues pide perdón. El carácter nos condicionará, pero no será lo que impida la santidad.

¿Puede haber santos depresivos? Claro que sí. Habrá personas que arrastren un carácter depresivo pero que Dios les da el don de la santidad sabiendo torear su carácter depresivo. ¿Habrá personas ansiosas santas?, claro que sí. El carácter lo que cambia es el escenario en el que tienes que llevar adelante tu proyecto de santidad. Mi forma egoísta de ser ... Alguno de los apóstoles eran egoístas. Esas peleas de “¿de qué discutíais por el camino?” Y no se atreven a decírselo a Jesús porque por el camino discutían a ver quién era el primero entre ellos. ¡Madre mía! Sienten un poco de vergüenza ajena. Que estáis con Jesús ahí en esa escuela apostólica, no se os ha pegado mucho. Claro que existe nuestra tendencia egoísta, esta tendencia del yo de pretender ser siempre el centro de las cosas. Eso va a ser una batalla importante en nuestra vida, pero os aseguro que no tenemos que escandalizarnos de ella porque, ese yo, suelen decir que aflora más o menos hasta 15 minutos después de haber muerto, a veces suele estar ahí siempre al acecho. Pero lo importante es que no lo justifiquemos, que sepamos desenmascararle, que sepamos ver cómo somos unos niños, reírnos de nosotros mismos y de nuestra tendencia a pretender ser siempre el perejil de todas las salsas y ser siempre el centro de atención, como un niño que te asomas a la cuna y deja de llorar y si te alejas vuelve a llorar y lo que quiere es atención. Somos como el niño que te asomas al moisés y ahora no llora, que somos así. Y lo que tenemos que hacer es descubrirlo, ponerlo delante de Dios y reírnos un poco de nosotros mismos y pedirle al Señor que, porque esa tendencia de egoísta, pues las haremos en su presencia.

¿Somos cobardes? “es que con lo perezoso y lo cobarde que soy, no sé si voy a poder ser santo”. A ver, Pedro fue cobarde y su supuesta valentía se demostró que era de cartón piedra, no era de piedra. Y Jesús, cuando él se sentía muy fuerte y muy seguro de sí mismo, no le admitió su ofrecimiento: “Daré mi vida por ti”. “Vale, vale, ya te diré yo un dentro de un rato”. Y cuando no se sintió seguro de sí mismo: “¿Tú me quieres?”. “Y tú lo sabes todo, yo ya no te digo nada, yo te quiero, pero tú sabrás”. En ese momento le dijo: “Darás tu vida por mí”, y le profetizó su martirio. Luego yo creo que en nuestra conciencia de debilidad no es un obstáculo para Dios, no lo es.

Más todavía, nuestra falta de fe o nuestra débil fe ¿es un obstáculo en nuestro camino hacia la santidad? Jesús reprende la falta de fe: “Hombres de poca fe, ¿por qué habéis dudado? Si tuvieses fe como este granito de arena...”. Ahora, si os fijáis, las represiones tuyas por la falta de fe siempre están ligadas al cariño y a la paciencia, son tirones de oreja cariñosos: “Hombres de poca fe, ¿por qué habéis dudado?”. Jesús es consciente de nuestra dificultad para creer, y tuvo la misericordia de que hubiese un apóstol que apareciese como incrédulo y que necesitase ver y tocar y palpar. Y Tomás es también un regalo de Dios para que todos entendamos que hasta en la dificultad de confiar y de tener fe, ahí también Dios está llevando adelante su obra de santificación, en medio de ese “confío, me cuesta confiar, te lo digo, Señor, en ti confío”, en medio de ese “creo, pero aumenta mi fe; creo, pero aumenta mi fe”. Una persona que tenga una fe atormentada, que tiene que estar luchando con su falta de confianza, está en proyecto de santidad, está en proyecto de conversión. Su dificultad para creer y para confiar no impide que Dios colme el proyecto de santidad. Les pasó a los apóstoles, nos pasa a nosotros. La clave está en que tú no pactes, sino que sigas sobreponiéndote siempre a nuestra tendencia carnal incrédula.

Entonces ¿cuál es la dificultad a la que tenemos que temer y la que sería verdaderamente incompatible con la conversión, con la segunda conversión, con la santidad? Pues, sin duda alguna, uno ve la historia de los apóstoles y esa dificultad es la desesperación, la desesperación de Judas. Ahí sí que acontece algo que, en el fondo es el pecado contra el Espíritu Santo. No porque hagan una diferencia muy clara en la reacción de Pedro después de haberle negado, y leer la reacción de Judas después de haberle traicionado. Pedro, después de haber traicionado, va con los suyos, pero Judas se aísla.

Hay una obra de Péguy muy bonita, impresionante, en la que él cuenta que en Alemania de la posguerra, de la II Guerra Mundial, él asistió un Viernes Santo en un pueblo católico de la Baviera católica alemana, a la representación de la Pasión que se hacía en el teatro del pueblo y se escenificaba la traición a Jesús, la desesperación de Judas. En un silencio inmenso, todo el escenario lleno de todos los hijos de ese pueblo, Judas dice: “¿Dónde iré?, porque ¿a dónde acudir?”. Empiezan a escenificar su desesperación. Y cuenta Péguy que una niña que estaba allí con su madre, con esa voz aguda que a veces se escucha bien lejos, le preguntó a su madre: “Mamá, ¿y por qué no va donde la Virgen?”, le dijo. Quedó allí una especie de conmoción en aquel lugar. Es verdad. Nuestro pecado insalvable, ante el que no debemos ceder, es la desesperación. ¿Por qué no va a la Virgen? ¿Por qué no fue Judas donde la Virgen, que lo hubiese dicho María? ¿Te imaginas que hubiese ido ante la Virgen para decirle: “He vendido a tu hijo”? Menuda escena esa. Ahí nos hemos perdido una escena de la historia de la salvación que podría haber sido salvado recurriendo a María, pidiendo su amparo maternal en ese momento.

Yo creo que cuando uno ve el panorama de los evangelios, ve el panorama de los apóstoles, ve la debilidad de todos, comenzando por Pedro, nos damos cuenta de que el único obstáculo que puede impedir que Dios corone la obra de santidad en nosotros es la desesperación. Y nosotros acudimos a María, a Santa María, para que renueve nuestra esperanza. Os voy a decir una cosa: Que siempre tengamos esperanza en la santidad. Alguien puede decir: “¿Yo soy santo? No, pero tengo esperanza”. Yo creo que esta debería de ser la respuesta de todos nosotros. ¿Tú eres santo? No, pero tengo esperanza. Tengo esperanza en que Dios coronará su obra, que Dios llevará adelante

esa purificación de mi mal carácter, mi pereza, mi sensualidad, de mi amor propio, de mi orgullo... es que menuda batalla tenemos aquí. Dios coronará esa obra. El que comenzó en nosotros la obra buena y la llevará a término. Eso es lo que nos muestran los apóstoles. Los veneramos como santos porque la obra no se corona hasta el final. Ese proceso de purificación, de iluminación, es necesario para que finalmente podamos tener la unión plena con Cristo coronando ese proceso de santidad. Por lo tanto, confiamos plenamente en que Dios coronará su obra. Tenemos esperanza en que lo que hizo con los apóstoles lo va a hacer con cada uno de nosotros.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Tenemos este rato de oración en el que iremos también intercalando algunos cantos. Yo os sugiero que le pidáis al Señor, una y mil veces, el don de la esperanza, de que Él corone la obra de santidad que ha iniciado en nosotros.